

Enrique Bunster:

Cuando una cueca le cambia la vida a un escritor

Por Sara Vial.

(Fotografías facilitadas por Carmen Gaete Nieto de Bunster)

¿Cómo se enamora un escritor? Como cualquier mortal, pero mejor aún cuando está desprevenido. Si además va navegando en pleno mar y ha cumplido cincuenta años de soltería en tierra. Por muy imaginativo que sea

puede que no llegue a imaginar nunca de qué manera va a saltar Cupido desde los mástiles, como un tiburuncillo alado, para echar por la borda ese absurdo estado de cosas. Así le ocurrió al deslumbrante escritor y cronista que se llama Enrique Bunster, el de la hermosa pluma marinera que llegó, de los primeros, a la Antártica junto a Francisco Coloane y Eugenio Orrego Vicuña y recorrió el país a lo largo y lo ancho, deleitando con su estilo. Como a Salvador Reyes, los buques de la Armada lo pasearon por los mares de Chile. Siendo embajador en Chile Juan Bautista Rosetti, Francia vendía a bajo precio una isla en Tahiti, cosa que él vislumbró en un viaje a Oceanía. Sin embargo todo quedó en nada "y Chile perdió la oportunidad de tener dos pies en el Pacífico para sus relaciones con el Oriente". Lo leemos en su libro "Crónicas azul y verde", recientemente publicado y en que nos reencontramos gracias a Carmen Gaete, su viuda, con el fresco encanto de su palabra que no envejece. Y que ella ha reunido en una breve selección de crónicas inéditas. ¿Cuándo será valorada, por una buena editorial, la totalidad de su obra? Volvamos al barco, que por añadidura, es el velero bergantín Esmeralda.

Viene de regreso de una participación muy gloriosa en las regatas de las Bermudas, el año 64. Enrique Bunster dará cuenta de ello en un libro, Operación Vela, protagonista de un reportaje anterior que ya comentamos en esta misma revista. Y entonces... Carmen Gaete Nieto. Es porteña y hela ahí, en cubierta, bailando con un oficial, o el capitán del buque, una cueca animadísima. "Esta fue la cueca del "pinchazo", nos cuenta ella

Enrique Bunster fue chileno "hasta la última tela del corazón". ¿Qué tiene de raro que al ver bailar cueca a una poetisa, la impresión fuera tan fuerte como la que le causaron sus versos... y aún más rápida?



De pequeño, ya lucía la clásica figura vestida de marinero, que parecía ser el ideal, a veces precursor, de las madres. El niño Enrique iba a convertirse de todos modos en un admirador del mar, sus leyendas, personajes e historia.

dándonos a conocer una fotografía tomada sin duda a instancias del oceánico Cupido. Fue el momento en que lo que parecía una soltería irremediable convirtió al escritor Enrique Bunster, que no bailaba cueca, en un novio apresado entre cielo y mar. Había conocido a esa joven rubia de una manera muy casual, una tarde en que ella llegó al edificio en que vivía, en busca de una amiga. Algo lo hizo abrir la puerta y la amiga de Carmen lo saludó efusiva: "¡Capitán!"

Las invita a entrar a un pequeño departamento que parece la escotilla de un barco. Ella reconoce en él al "enigmático señor que solía ver paseando por el parque Forestal con su pipa y una hermosa mirada perdida en las naves verdes del Parque." El no la reconoce porque es la primera vez que la ve, pero la mira con sus ojos azules y le cuenta que viajará a las Bermudas. El segundo y definitivo encuentro, se produce a bordo del velero, en el mismo viaje que ella emprende como

relacionadora pública de la revista 7 días y en representación del periodista Hugo Goldsak, su director. Allí él sabrá que es poetisa, nacida en un Valparaíso que añora y que estuvo casada con el cineasta Joaquín Olaya, asistente de Joris Ivens en la película documental francesa A Valparaíso. ¡Pero, sobre todo, esa cueca que bailará tan definitivamente sobre las olas, rodeada de tantos navegantes y masculinos ojos, será con su insistencia rítmica lo que lo empujará a comprometerse con Carmen "antes de seis meses."

Cumple con ella el sueño —que parecía ya algo lejano— de tener un hijo, que junto a Carmen le sobrevive.

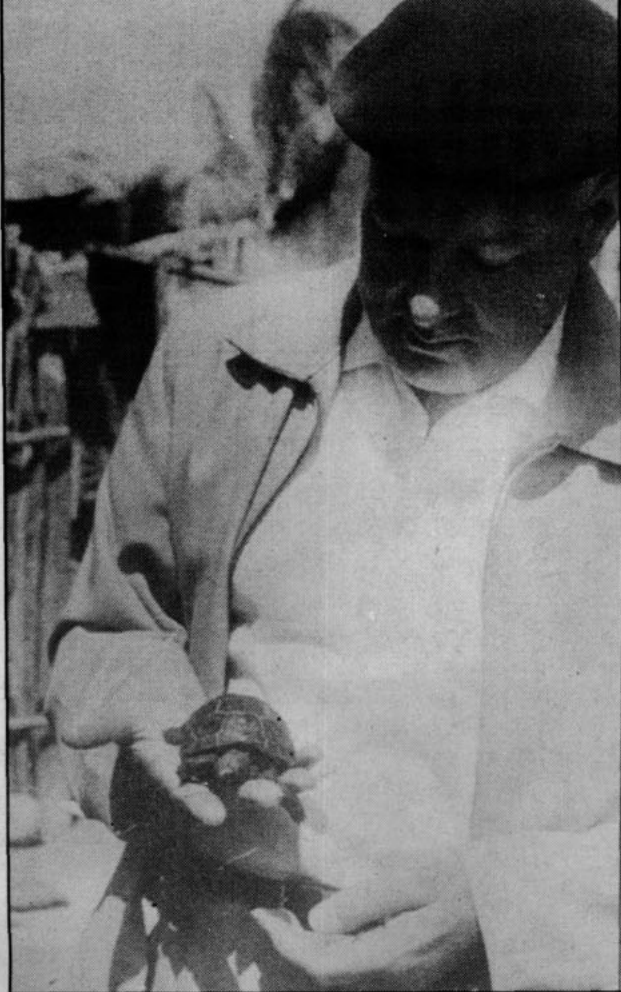
“Amanecía escribiendo y se dormía escribiendo”, nos dice. Enrique tenía aficiones de niño, le encantaban las máquinas de ferrocarriles en miniatura, los coches antiguos y vivía sus crónicas rodeado de los elementos que manejaba en su literatura histórica.” No olvidamos la primera biografía escrita en Chile sobre Lord Cochrane y por la cual, gracias a la pluma de Enrique Bunster, vimos caminar, a grandes zancadas, al novelesco Conde de Dundonald, dotado de la misma vida con que lo muestra el único monumento realmente hermoso de Valparaíso, el de plaza Brasil. ¿Recuerdan? “En Grecia, la Victoria de Samotracia. En Valparaíso, la estatua de Lord Cochrane.” (Joaquín Edwards Bello).

Y es que hay seres que nacen con un don que se llevan a la tumba. ¿Un segundo Enrique Bunster? Imposible. Iniciado como periodista en el diario Las Últimas Noticias, fue colaborador de El Mercurio santiaguino prácticamente toda su vida. ¿Cuántas crónicas tuyas estarán a la espera de ser reflotadas algún día? Daniel de la Vega “sigue escribiendo” en Las Últimas Noticias, a muchos años de su muerte, gracias al rescate de sus columnas.

La Nación hacía lo propio con los de Joaquín Edwards Bello. ¿Por qué no hacerlo también con las sabrosas crónicas de Enrique Bunster, que no terminan de contar seductoras historias, que siguen enseñando muchas verdades, y sobre todo, encantando al lector? ¿Acaso sobran (todos sabemos que no) las plumas dotadas de verdadero encanto, al margen de sus conocimientos y su inquietud investigadora?

Carmen Gaete Nieto, con esfuerzo, luchando contra el olvido, ha hecho publicar un libro breve pero necesario, estas “Crónicas azul y verde”, que nos han traído el recuerdo de un gran señor de nuestras letras, que nacido en 1912, murió el año 76. Dramaturgo, novelista, cuentista, cronista de viajes, lleno de humor en su novela Un angel para Chile, dejó una obra teatral inédita, Portales, ministro salteador. Libros con recopilaciones de sus crónicas, siguen siendo un manjar fino para quienes gustan del género: Casa de antigüedades, Distinguidas historias, Bala en boca, sus Crónicas portalianas. Ha sido llamado “el animador por excelencia de nuestra historia”. Y, además, “se nutrió de ciencia para exponer y dar a comprender la tesis del porvenir que a Chile le espera en el Pacífico”. Y fue, como dijo Vicuña Mackenna de Portales, “chileno hasta la médula de los huesos y hasta la última tela del corazón.”

Su obra La isla de los bucaneros, fue traducida al inglés para llevarla al cine en Estados Unidos. El guionista era el mismo de la película Lo que el viento se llevó. Fue además Relacionador de Chile Films. Qué amenas habrían sido hoy sus crónicas sobre el cine y sus cien años. En fin, Aquí está hoy su mujer, tratando de que no se olviden de él los chilenos.



Enrique Bunster Tagle, en las islas Galápagos, con una pequeña tortuga de la que se hizo amigo.



El parecía invulnerable a Cupido, ya en el medio siglo de su edad y sin haberse casado nunca. Ella venía de un matrimonio trunco, con un cineasta. El romance surgió en medio del mar, cuando ambos integraron como observadores la Operación Vela que más tarde iba a ser reflejada en un libro. Junto al timón, atisbando lo que el destino les tenía reservado al llegar a tierra firme.

Al recopilar las Crónicas en azul y verde, Carmen Gaete nos ha llevado a rememorar a un escritor que mantiene su galanura y su instancia, que se enamoró por primera vez a los cincuenta años y que demostró que una mujer bailando cueca en la cubierta de un velero, puede ser más poderosa que la invencible Armada.



La madre del escritor Enrique Bunster, en una hermosa fotografía captada por el retratista Heffer en 1908. El escritor nació en el seno de una familia de gran fortuna y conoció desde niño las elegantes tertulias de esos años. Sin embargo, como escritor vivió una vida austera.



Pocas veces el momento exacto y definitivo de un “flechazo amoroso queda registrado en forma gráfica para la “eternidad”. La poetisa nacida en Valparaíso, Carmen Gaete, baila, como buena porteña, una cueca a bordo de la Esmeralda durante su décimo crucero que participó con brillo en la carrera velera de las Bermudas. La acompaña un oficial empeñoso. Pero más empeñoso iba a ser el escritor Enrique Bunster que integró la navegación y que, soltero a sus 50 años, antes de seis meses estaba casado con ella.